

# Puente Atlántico

del Siglo XXI

El Boletín interdisciplinar de la Asociación de Licenciados y Doctores Españoles en Estados Unidos

AÑO XXXVI

ISSN 1989-9394

Abril 2016

## Miguel Marina: un alma del exilio volcada en la pintura

por Víctor Fuentes

### SEPARATA

*Puente Atlántico del siglo XXI* es el BOLETIN INTERDISCIPLINAR  
de la Asociación de Licenciados y Doctores Españoles en Estados Unidos  
(ALDEEU)

**Dr. Víctor Fuentes** es profesor emérito de la Universidad de California en Santa Barbara. En su larga y fructífera carrera, ha publicado abundantes estudios sobre su especialidad: la narrativa española de los siglos XIX y XX, la Literatura Hispano-mexicana y sobre el cine de Luis Buñuel. Entre sus libros publicados recientemente están *California Hispano-Mexicana*, *César Chávez y la Unión*, *To Die in The USA. A Fictional Memoir of a Spanish Exile*. El Dr. Fuentes es miembro Numerario de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

## Miguel Marina: un alma del exilio volcada en la pintura

por Víctor Fuentes

**M**iguel Marina (1915-1998), uno de los sobresalientes pintores del exilio español en Norteamérica, está saliendo de un olvido en el que permaneció por décadas. Surgió a la luz en la exposición, “El nexo español. Artistas españoles afincados en Nueva York 1930-1960”, Instituto Cervantes, noviembre 2009 a enero 2010; su nombre unido a una brillantísima pléyade de pintores y artistas españoles en Nueva York, la mayoría exiliados republicanos: Luis Quintanilla, Esteban Francés, Julio de Diego, José

Creeft, José Guerrero y Eugenio Granell. Reciente, y finalmente, en su nativa Bilbao se ha celebrado una impresionante exposición “Iconos de la memoria”, conmemorativa de su persona y obra, del 21 de octubre al 13 de noviembre del 2015 en la seda del Colegio de Abogados<sup>1</sup>.

**ANDANZAS DEL EXILIO.** Las peripecias de Marina, en el exilio tienen ese rango de los aventureros vascos barojianos: la guerra le pilló a sus 21 años<sup>2</sup>; luchó, en los frentes del Norte y luego en los de Cataluña. Perdida la guerra, desde Bayona, en una pequeña embarcación pesquera, con otros ocho tripulantes vascos, él embarcado de polizón, cruzó el Atlántico para llegar a La Guaira. Allí, se integró de jugador en el equipo local de fútbol en la liga profesional venezolana. Ya en Bilbao había jugado de aficionado. Al año, tras descubrir que estaba en una lista de “subversivos”, partió en un velero francés rumbo a Estados Unidos, pero una tormenta les hizo encallar en Santo Domingo, donde Miguel pasó a formar parte del grupo de exiliados españoles, en el que contaban tantos intelectuales, artistas y políticos republicanos. En su memorable libro, *Memorias de una emigración: Santo Domingo, 1939-1945*, Vicente Llorens, al final de su capítulo, “Pintores y artistas”, cita a Marina, añadiendo una ese a su nombre, y diciendo que a la lista de los mencionados “habría que añadir otros dos muy jóvenes todavía: Miguel Marinas pintor y Antonio Prats Ventos, escultor” (38). Posiblemente, en Santo Domingo, y entre alguno de aquellos pintores y artistas, se despertara en él la afición a la pintura.

---

1 Me valgo, para el resumen biográfico, de las semblanzas trazadas en la exposición de Bilbao por el profesor Anthony L. Geist, quien, en su adolescencia en Santa Bárbara, conoció a Marina y tanto ha hecho para dar a conocer su obra, y por Constance Marina, su hija; también, en las evocaciones del propio Miguel, en horas de hospitalidad y amistad en casa de él y de su esposa Madeline en la misma Santa Bárbara y hasta su fallecimiento.

2 Del día en que estalló la guerra, se conserva una foto de los jóvenes Miguel con su amigo Fito, ambos sin corbata en solidaridad con los trabajadores, en la que inscribieron: “Dos corazones que latén en unísono como deberían latir los de la humanidad” Y a este ritmo latió el corazón de Miguel Marina hasta que en la noche del 13 de febrero de 1989 dejó de hacerlo en el sueño.

Como tantos otros de aquellos exiliados, Marina salió huyendo de la dictadura de Trujillo. En su caso, enlistándose de fogonero en un barco yugoslavo, el cual abandonó en la escala de Nueva York, recalando en una pensión de la calle 14, arteria principal de la colonia española neoyorquina. Conviviendo con otros dos delegados del gobierno vasco del exilio, y saliendo con ellos a reuniones y a bares y restaurantes, como “La Bilbaína”. Asimismo, Miguel se reunía en veladas en el apartamento del Village del brillante poeta y ensayista, Bernardo Clariana y otros artistas, como el pintor Luis Quintanilla, y exiliados. Indocumentado, en aquellos primeros años, trabajó en distintos oficios laborales temporales, y se inició en la pintura bajo el aprendizaje del famoso Julio de Diego. A mediados de 1950, se casó con su esposa Madeline y en 1952 nació su hija Constance, “Kuki”. Por aquellas fechas, pasó a colaborar de ayudante de Vela Zanetti, conocido ya en Santo Domingo, en la obra del grandioso mural de las Naciones Unidas, “La ruta de la libertad” o “La Lucha del hombre por la paz”. Para la cabeza del rostro del hercúleo hombre que sostiene en el centro del mural lo que pudiera simbolizar el péndulo de la paz y la libertad, Vela Zanetti se inspiró en la de Miguel Marina.

Paso por alto un sinfín de aventuras posteriores (tales como un engañado intento de administrar una plantación bananera en Guayaquil, pero donde Miguel Marina tuvo su primera exposición individual, cruce a nado de Guatemala a México<sup>3</sup>, con prisión en Tijuana por “ilegal”, y andanzas y espera de

los trámites de la legalización del permiso de residencia en Estados Unidos), para encontrarle en Santa Bárbara, ya en 1958, donde Madeline logró un puesto de coordinadora administrativa en el prestigioso Center for the Study of Democratic Institutions, en Montecito, y en lo que fuera el establo de la finca, Miguel lo convirtió en su estudio. Entregado totalmente a su pintura, con una activa vida artística y social en Santa Bárbara y exposiciones anuales en una de las más reconocidas Galerías de la ciudad, la Esther Bear, más otras exposiciones de grupo en Los Ángeles y Pasadena. Posteriormente, al jubilarse la galerista en 1977<sup>4</sup>, Miguel Marina no volvió a exponer, se recogió en su obra, logrando plasmar en ella una visión pictórica iluminada por la llama de un alma y memoria volcadas en la tierra nativa perdida<sup>5</sup>.

**LA OBRA PICTÓRICA.** Ya Anthony L. Geist, en la la exposición de Bilbao, “Iconos de la memoria”, y Jaime Cuenca en la reseña de ella en un periódico de la ciudad, destacaron los rasgos de la original pintura de Miguel Marina: su uso de figuras alongadas a usanza de las imágenes bizantinas y románicas de los murales y a las de las ilustraciones de los códices de los Beatos medievales, con intensos colores primarios que recuerdan a las vidrieras de las iglesias góticas, y valiéndose, predominantemente, de óleo sobre madera. Todo ello, fundido con la evocación de la vida cotidiana, de su amada ciudad, Bilbao y su paisaje, con un hondo sentido emotivo y lírico, lleno de una fantasía grácil.

---

<sup>3</sup> Contaba Miguel, que en aquella ardua travesía por la cual hoy cruzan tantos indocumentados, y en medio de la selva, se encontró con una cantina llamada “Aquí mueren los valientes”, a lo que pensó “Dios mío, ¿he venido tan lejos para morir así?”. Hay que añadir que de su paso por los países hispanoamericanos, se llevó en la retina “lo real maravilloso”, y que, a su manera, plasmó en sus cuadros.

<sup>4</sup> Clausurado también el Centro Democrático, hubo un intento de vuelta a España, donde Miguel, Madeline y Kuki vivieron en Madrid, 1972-1973, y con una exposición suya en la famosa librería-galería Antonio Machado. Descontentos con la situación en la España donde seguía imperando el franquismo, decidieron volverse a Santa Bárbara.

<sup>5</sup> Recomiendo a los lectores/as que acudan a la página web “Miguel Marina. Life and Work”, en cuya sección “Galería” se exhiben 22 imágenes de cuadros de los más representativos de su obra entre 1960 y 1989

Sorprende que tratándose de una persona de tan agradable personalidad social, cosmopolita, y abierta a las cuestiones mundanas, sus cuadros surjan tanto de una introspección espiritual, y de un hondo, callado, sentido religioso que le llevan a los Evangelios y al mencionado arte medieval: aunque sus figuraciones aparecen modernizadas con rasgos neovanguardistas y hasta surrealistas y del realismo mágico, restando gravedad a temas de dichas fuentes, con toques hasta humoristas, reflejos de una persona, tan abierta y dialogante como fuera la de Miguel Marina. De aquí, lo original de sus cuadros —de mediano o pequeño tamaño— de escenas bíblicas, enmarcadas, enzarzadas, sin perspectiva lineal como en la pintura bizantina y medieval, en la misma superficie, con múltiples escorzos de casas, iglesias, puentes sobre la ría, con barcas flotando sobre ella, calles, plazas huertas, con algún animalito, un porrón de vino o un plato de bacalao y los verdes montes del paisaje bilbaíno. Y vemos a sus paisanos con su figura bizantina, caras y manos alargadas, vestimenta de pliegues, pero con sus txapelas y confundidos, mezclados, con monjes, apóstoles o santos; y a ángeles —leitmotiv de sus cuadros— revoloteando sobre ellos y la ciudad como especie de naves aéreas protectoras. Tal abigarrada multitud de personas y cosas colman muchos de sus cuadros con el horror al vacío; algo que, en el sentido literal de frase, tanto sintió Miguel Marina en el exilio.

De entre los de imágenes religiosas, inscritas en el medio local, destacan, entre 1960-1970, “Adán y Eva” (1967), “Estaciones del Vía Crucis”, (1960), varias impresionantes “Crucifixiones”, como la de 1961 y dos “Anunciaciones” (1970). Un nuevo derrotero surgió en la pintura de Miguel Marina con aquel desastre de enero de 1966, el de la caída de

cuatro bombas de hidrógeno, sin explotar, a orillas del pueblo de Palomares, en la costa de Almería. Esto le llevó a Marina a pintar un mural y varios óleos y dibujos sobre lo ocurrido en Palomares; algo tan sentido por él y que le volvió a abrir la herida de la guerra y el recuerdo del “Guernica” de Picasso, al cual su “Palomares” es todo un homenaje. En la actualidad, este mural, tan apropiadamente, se encuentra en la “Casa de Cultura” de Guernica<sup>6</sup>.

Atinadamente, Anthony Geist y Jaime Cuesta ya han destacado cómo en los años 80, el sentido religioso, el re-ligar se desplaza más en la pintura de Marina, y con gran intensidad emotiva y lírica, al de las memorias íntimas con la vida y el paisaje de la nativa Bilbao. Esto se manifiesta desde los títulos de cuadros: “Este es mi País”; el de la propia familia de Miguel Marina comiendo una cazuela de bacalao en Santurce, como se titula otro de 1987, “Las afueras de Bilbao” (1987) y el tríptico “Vizcaya” (1989), del mismo año de su fallecimiento. El hondo sentimiento memorialista que anima esta obra de plenitud, Miguel lo expresó en una de las últimas entradas de su *Diario*:

Cada vez me acuerdo más de España y al mismo tiempo quiero olvidarme de ella, he vivido más de 40 años con un pie en cada océano, pero mi memoria vuelve siempre a las montañas dulces y verdes del País Vasco, y a las canciones del Ochote bilbaíno... Dentro de poco tendré 74 años y jamás volveré a mi querido País Vasco, por eso, mis pinturas, como un espejismo gigante, son memorias de mi querido país<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> Recuerdo el entusiasmo con que Miguel me llevó a contemplar lo avanzado que llevaba la pintura del mural en el establo-estudio de la finca en Montecito. Fue en una de aquellas tardes en que Miguel y Madeline me invitaron a cenar junto a personalidades insignes del exilio republicano: don José Rubia Barcia, catedrático de UCLA, tan amigo de Miguel, la familia de Francisco García Lorca, que aquel curso enseñaba de profesor visitante en nuestra Universidad. Junto a don Francisco, estaban su esposa, también profesora, Laura de los Ríos con su madre, Dona Gloria, viuda de don Fernando de los Ríos y sobrina del gran Francisco Giner de los Ríos. Doña Gloria, por muchos años ya fallecido Don Fernando, fue para tantos de nosotros la gran figura-símbolo del exilio español en los Estados Unidos y de aquella “España que pudo haber sido y no fue”, para recordar a Antonio Machado, tan leído y querido por Miguel Marina.

<sup>7</sup> Se reproduce esta entrada, en el bello catálogo de la exposición en Bilbao, octubre-noviembre, 1915.

**FIGURACIONES SIMBÓLICAS.** Como parte final, destaco, en forma somera, unas figuraciones simbólicas de este gran espejismo artístico que constituye el mundo pictórico, mágico e intimista del querido País Vasco que nos ha dejado Miguel Marina; símbolos que ahondan lo mucho que tal mundo cala en el hondón de su alma; cinco, como los dedos de la mano, esas manos alargadas como en las pinturas bizantinas. Y comienzo con el simbolismo de ellas.

1. **LA MANO**, y con su significado de la acción, la labor y la donación, como ya se presentaba en el sistema jeroglífico egipcio<sup>8</sup>; esas manos elevadas, como en las pinturas bizantinas, expresando la mano de la bendición, pero, también, el simbolismo de la voz y el canto, como vemos en varios de sus cuadros, muy, en especial en el de los nueve músicos del cuadro de tal nombre. En las pinturas de la Crucifixión, nos impresionan las dos grandes manazas clavadas a la cruz, doblegadas, brutalmente heridas, por los, también, abultados clavos, intensificando el sacrificio de Cristo y todo el dolor de la pasión: dolor que nos remite al de exilio y al de los tiempos catastróficos vividos en el siglo XX.
2. **EL TEJADO DE TEJAS**, el de tantas de aquellas casas vascas, cierra, por la parte superior, varios de sus cuadros y hasta, por encima del cielo en algún caso; un cuadro dentro del cuadro, como un pórtico enmarcando, con sentido hogareño, lo que se representa dentro de él, y, por extensión, en el hogar del alma de Miguel Marina<sup>9</sup>.
3. **EL ÁGAPE.** Las cosas que, en su cuadro y con tanta frecuencia, representan la comida, fuentes de bacalao o sardinas, barras

de pan, porrones de vino, nos remiten al ágape, o comida de comunión festiva y de abrazo universal. Las figuraciones simbólicas 4 y 5 son las más numerosas, las de un mismo puente y las de barcas o chalupas.

4. **EI PUENTE.** De los cuadros en la galería en el Internet y el Catálogo de su exposición, he contado hasta nueve con la representación de un ojo de puente<sup>10</sup>. Tal repetido puente es una figuración de escorzos del de ladrillos y dos ojos, el histórico puente de San Antón, de gran antigüedad, y que ha sido demolido y reconstruido varias veces, situado tan junto a la iglesia del mismo nombre (la torre de la iglesia también aparecen en algún cuadro): puente viejo, que une a la parte antigua de la ciudad con el nuevo Bilbao. Tiene un gran valor emblemático. Aparece en el escudo de Bilbao, y el del Atlético de Bilbao. En una de las representaciones del escudo le he visto con las ondas de azul intenso del río Nervión, que fluyen bajo él, como en tantos de los cuadros de Miguel Marina. Hasta podríamos decir que dichos cuadros tienen lo suyo de ser escudos pictóricos emblemáticos del alma bilbaína. Por su parte, el puente tiene un simbolismo tan apropiado para la vida y visión de Miguel Marina: el ser lo que media entre dos mundos separados (el nativo y el del exilio, en su caso) y también unión de lo sensible y la suprasensible, tan de su mundo pictórico. Asimismo, hay algo premonitorio en su uso en el tríptico "Vizcaya", pintado poco antes de su fallecimiento. Aquello de que el puente nos lleva a la otra orilla: la muerte.

---

<sup>8</sup> Tomo este simbolismo y los restantes de los sentidos tradicionales recogidos por Juan-Eduardo Cirlot, en su Diccionario de símbolos, en la edición de 1982.

<sup>9</sup> Entre los cuadros cerrados-abiertos por tal tejado de teja, encontramos: "Crucifixión" (1961), "Los músicos" (1992), "Adán y Eva" (1967), "La Anunciación" (1970), "La romería" (1980) y "La mujer de verde" (1982).

<sup>10</sup> Estos cuadros son: "Adán y Eva" (1967, el único con los dos ojos del puente, "Crucifixión" (1964), "Anunciación" (1970), "La merienda" (1983), "Seis bilbaínos en un puente" (1984), "Las afueras de Bilbao" (1984), "Fantasmas del pueblo vasco" (1988), "Este es mi país" (1988) y dos en el tríptico "Vizcaya" (1989).



4. **Y FINAL: LA BARCA.** Son numerosos los cuadros donde aparecen una o varias de ellas, con mayor frecuencia en su última década, en cuadros como “El barco rojo y el barco verde”,\* o el de la familia de Marina merendado, con la barca roja en la orilla y el nombre escrito de la barca, el del pueblo de procedencia familiar: Páganos. Álava.\* La barca con su sentido general de “vehículo”, en el cual trajinó tanto Miguel en sus viajes del exilio, según Bachelard tiene el sentido de la cuna recobrada, y del retorno al claustro materno. Algo que encaja bien con ser el de la barca el último cuadro pintado por Miguel Marina: una sola barca roja, que, como su nombre indica, Bigarreña, fue el

“vehículo” de la ida al exilio. Dentro del cuadro, en medio del cielo/mar, está escrito a mano, el lugar y la fecha de salida, Bayona, 6 de abril 1939, el lugar de arribo, Venezuela, y los nombres de los ocho tripulantes, más el del pintor, pero no como tal, sino como Miguel Marina Barredo, polizón”, añadiendo “40 días en el Mar”. Y en el cielo revolotean nueve ángeles de la guarda, que protegerán, en su travesía, a los nueve embarcados. Es conmovedor, ver, sentir, cómo Miguel, tan cerca de su muerte, se mete todavía más en su cuadro, con este tipo de poco usada inscripción, y como si nos lo estuviera contando de viva voz y rubricándolo. ¡Cuarenta años después de haberlo vivido!



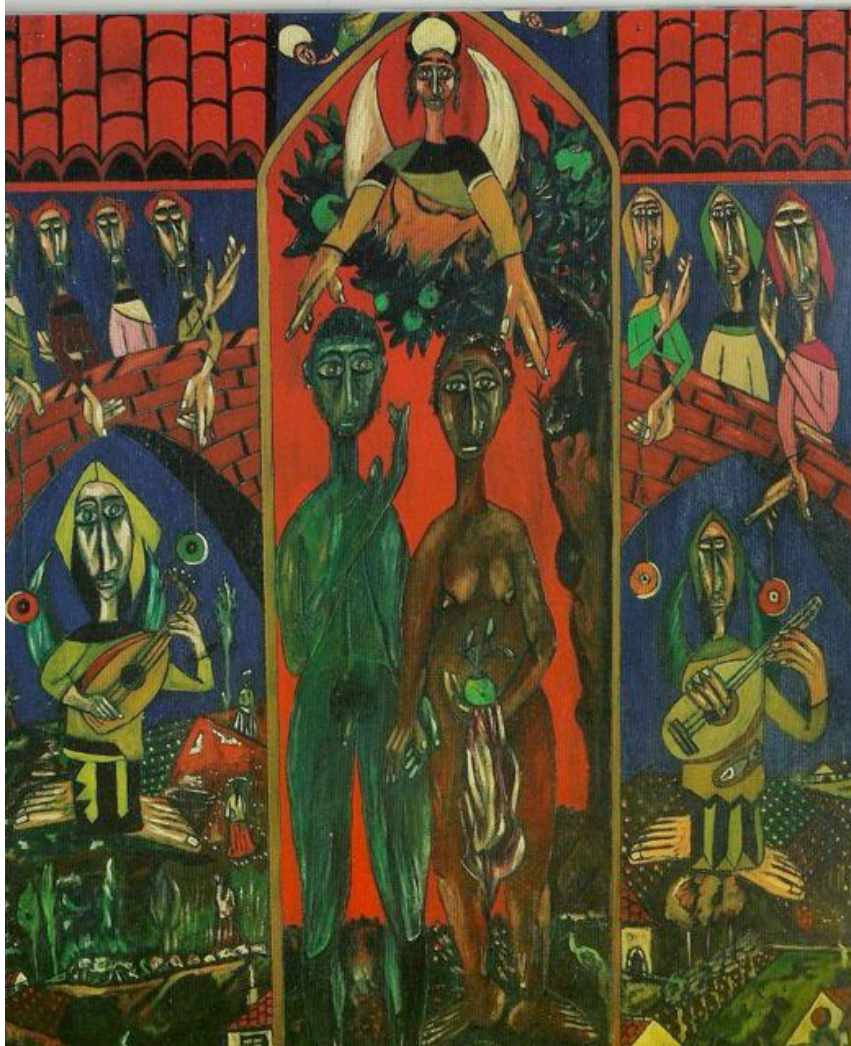
\* El barco rojo y el barco verde



\* Miguel y la cazuela de bacalao



De entre las pinturas religiosas destacan: “Adán y Eva” (1967), “Estaciones del Vía Crucis”, (1960), varias impresionantes “Crucifixiones”, como la de 1961 y dos “Anunciaciones” (1970).



Adán y Eva (1967)  
óleo sobre madera  
128 x 73'3 cm.



Vía Crucis



Crucifixión





Anunciación I



Anunciación II

Un nuevo derrotero surgió en la pintura de Miguel Marina con aquel desastre de enero de 1966, el de la caída de cuatro bombas de hidrógeno, sin explotar, a orillas del pueblo de Palomares, en la costa de Almería. Esto le llevó a Marina a pintar un mural y varios óleos y dibujos sobre lo ocurrido en Palomares; algo tan sentido por él y que le volvió a abrir la herida de la guerra y con el recuerdo del “Guernica” de Picasso, al cual su “Palomares” es todo un homenaje. En la actualidad, este mural, tan apropiadamente, se encuentra en la “Casa de Cultura” de Guernika



Palomares



Vemos a sus paisanos con su figura bizantina, caras y manos alargadas, vestimenta de pliegues, pero con sus txapelas y confundidos, mezclados, con monjes, apóstoles o santos; y a ángeles –leitmotiv de sus cuadros– revoloteando sobre ellos y la ciudad como especie de naves aéreas protectoras.



Los músicos



Ángeles revoloteando



La romería



En los años 80, el sentido religioso, el re-ligar, se desplaza más en la pintura de Marina hacia las memorias íntimas con la vida y el paisaje de la nativa Bilbao. Esto se manifiesta desde los títulos de cuadros: "Este es mi País"; el de la propia familia de Miguel Marina comiendo una cazuela de bacalao en Santurce, como se titula otro de 1987, "Las afueras de Bilbao" (1987) y el tríptico "Vizcaya" (1989), del mismo año de su fallecimiento.



Este es mi país I (1981)  
 óleo sobre madera  
 94,8 x 46,5  
 Este es mi país II (detalle)



#### TRÍPTICO VIZCAYA

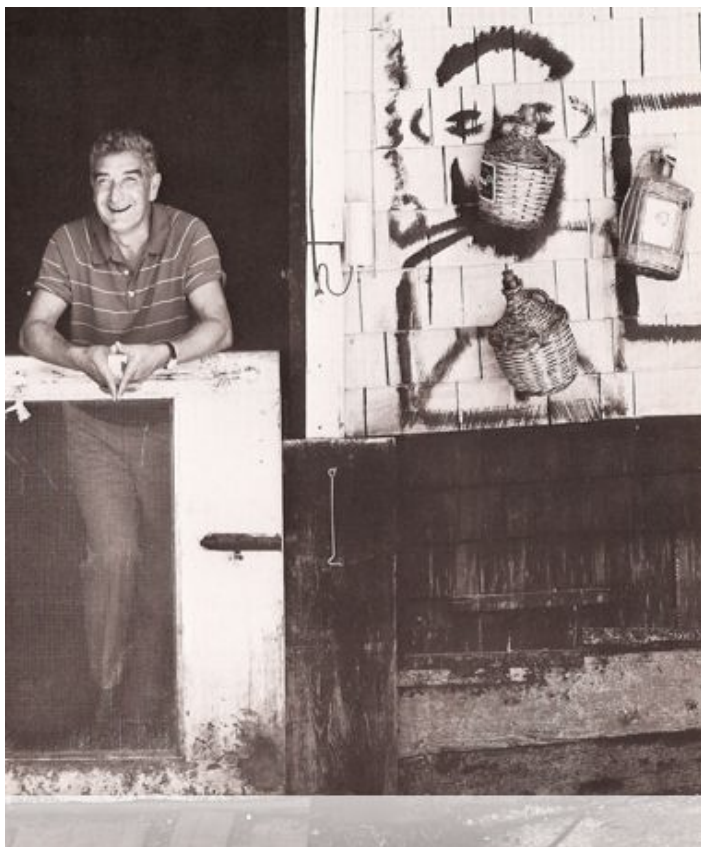
Vizcaya I  
 53x20 cm.

Vizcaya II  
 53x20 cm.

Vizcaya III  
 55,7x30,5 cm.



¿Quién era Miguel Marina?: una persona que se vio obligada a abandonar su país, que echó mano de todos sus recursos para rehacerse, para volver a ponerse en pie y continuar viviendo. Fue un hombre que usó su trabajo artístico para comunicar un mensaje universal de fraternidad hacia todas las gentes de cualquier época, cultura o religión.



Miguel Marina



Fito y Miguel



La familia

→  
Autorretrato con Kuki, su hija. (1989)  
(detalle)  
Óleo sobre conglomerado 116x70 cm.

